

# BERNARDO ESQUINCA

## LAS INCREÍBLES AVENTURAS DEL ASOMBROSO EDGAR ALLAN POE



ILUSTRACIONES DE MARIO RIVIÈRE



**BERNARDO ESQUINCA**  
**LAS INCREÍBLES**  
**AVENTURAS DEL**  
**ASOMBROSO EDGAR**  
**ALLAN POE**  
**ILUSTRACIONES DE MARIO RIVIÈRE**

# **NARRATIVA**

ESTA OBRA SE REALIZÓ CON APOYO DEL FONDO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, A TRAVÉS DEL SISTEMA NACIONAL DE CREADORES DE ARTE

DERECHOS RESERVADOS

© 2018 Bernardo Esquinca

© 2018 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.

Avenida Patriotismo 165,  
Colonia Escandón II Sección,  
Delegación Miguel Hidalgo,  
Ciudad de México,  
C.P. 11800  
RFC:AED140909BPA

© 2018 Mario Rivière, por las ilustraciones

[www.almadia.com.mx](http://www.almadia.com.mx)

[www.facebook.com/editorialalmadia](https://www.facebook.com/editorialalmadia)

@Almadía\_Edit

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-607-8667-62-8

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



**BERNARDO  
ESQUINCA  
LAS INCREÍBLES  
AVENTURAS DEL  
ASOMBROSO EDGAR  
ALLAN POE  
ILUSTRACIONES DE MARIO RIVIÈRE**



*Para Pía, que acostumbraba meterse debajo de mi escritorio mientras escribía este libro.*

*Hija: a nuestros héroes hay que quitarles el apellido. Sólo así, en la simpleza de su nombre propio, podemos volverlos más cercanos, y entenderlos mejor. Este es mi intento por comprender a uno de ellos.*

## ADVERTENCIA

Este es un libro de ficción basado en hechos y personajes históricos. Algunas situaciones que en realidad ocurrieron fueron movidas de su fecha original o reelaboradas, con el propósito de acomodarlas en la trama. Por lo tanto, lo que el lector tiene en sus manos es fundamentalmente un trabajo de la imaginación.

## ¡HAY VIDA EN LA LUNA!

*The Sun*, Nueva York, 1835

*Extracto de nota*

El famoso astrónomo inglés, Sir John Herschel, ha realizado el descubrimiento del siglo. Utilizando un nuevo y poderoso telescopio situado en África, capaz de aumentar hasta cuarenta y dos mil veces el tamaño de los objetos distantes, el hombre de ciencia vio una serie de criaturas aladas que revelan un hecho insospechado: hay vida animal en el satélite de la Tierra. Pudo identificar claramente algunas de estas aves como pelícanos, pero otras, de color amarillo y cuatro pies de altura, no supo darles nombre. Estas misteriosas bestias tienen alas peculiares, según describió el astrónomo: carecen de pelo y están conformadas por membranas que les cuelgan de lo alto de la espalda hasta las plantas de los pies. ¿Qué sorpresas nos depararán sus siguientes descubrimientos? ¿Acaso seres grotescos de forma humanoide? ¿Los edificios de geometría imposible de una civilización vecina? Apenas podemos esperar por las nuevas noticias de Sir John, el hombre que es capaz de ver más lejos que el resto de los mortales.

## *Southampton, Virginia, 1825*

El rostro de Nat Turner era una sombra dentro de la sombra. Las antorchas llevadas por los esclavos a la reunión clandestina no alcanzaban a iluminar el rincón desde donde el Profeta hablaba. Eso contribuía al hechizo de su discurso, como si se tratara de una de las presencias sobrenaturales descritas en la Biblia, que se manifestaban para dar una revelación sin adquirir forma humana. Los ojos y los dientes del Profeta lanzaban destellos mientras gesticulaba; su voz grave llenaba el espacio de aquella barraca abandonada en los límites de la plantación. Hombres con el cuerpo marcado por el látigo y mujeres con niños en los brazos eran su público. Tenían poco tiempo antes de que el amo y su familia despertaran; nadie se atrevía a murmurar siquiera.

-La serpiente ha sido liberada -dijo el Profeta, haciendo una pausa dramática-. Y es nuestro deber luchar contra ella.

Dio un paso al frente, hacia el círculo de luz de las antorchas, y pareció que acababa de materializarse. Era un hombre alto y corpulento; la nariz ocupaba buena parte de su rostro y el bigote parecía impedir que esta se precipitara sobre la boca.

-El tiempo se acerca. El tiempo en que los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros.



Traía consigo una Biblia, que en medio de sus manos enormes semejava un libro de juguete. La extendió para mostrarla a su audiencia.

-No debemos temer, porque aquí se nos ha enseñado todo lo que hay que saber. Y Dios dice que combatamos al enemigo con sus propias armas.

Por primera vez un murmullo inquieto se alzó entre los esclavos. Los hombres tocaron los brazos de sus mujeres. Las mujeres estrecharon a sus hijos como si no los fueran a soltar jamás.

-Pero aún no es tiempo -dijo el Profeta-. Debemos esperar una señal del cielo antes de actuar.

Nat Turner avanzó hacia su audiencia con los brazos extendidos, abarcándolos a todos.

-Yo soy el elegido. Y abriré para ustedes la puerta de la liberación.

Los esclavos rodearon al Profeta y dejaron que sus manos gigantes las confortaran.

*Nueva York, abril de 1837*

-Usted me va a hacer millonario.

Edgar miró la frente de su interlocutor: era tan amplia como la suya, lo que le hizo preguntarse si esa incipiente calvicie era provocada por las mismas angustias que lo acosaban a él. Tras un análisis rápido de la vestimenta de aquel hombre, y de su robusta complexión, comprendió la verdad: estaba bien atendido. La escasez no formaba parte de su vida.

-Con muchas dificultades, reúno lo justo para alimentar a mi familia -respondió el escritor, con cierto enfado-. ¿Cómo espera que yo pueda enriquecerlo? El dinero me huye, como los sanos al sarampión.

Aunque el sol colgaba radiante del cielo, en el corazón de Edgar hacía tiempo que había oscurecido. A sus veintiocho años, las ojeras profundas eran reflejo de un alma perseguida sin tregua por la penuria. Tras varios y consecutivos fracasos, tanto literarios como laborales, acababa de trasladarse de Richmond a Nueva York en busca de la fama y la estabilidad que tanto anhelaba. Agotado, sin ninguna oferta a la vista, deambulaba con su traje raído e incontables veces remendado, por las calles de una ciudad sumida en su propia depresión económica.

Sin embargo, aún había espacio para el ingenio y los encuentros con personajes prometedores. Edgar era el responsable de un bulo publicado en el diario *The Sun*. La

historia falsa, pero muy creíble, de un viaje trasatlántico en globo, hizo que el periódico aumentara sus ventas, y llamó la atención del empresario P. T. Barnum, quien ultimaba los detalles para la apertura de un museo-feria sobre la calle Broadway.

-Eso va a cambiar muy pronto -dijo Barnum. Las cejas espesas y oscuras hacían que sus ojos brillaran con intensidad-. Si unimos su ingenio con el mío, los dos conquistaremos la ciudad. Y luego el mundo.

Como de costumbre, el salón del Tobacco Emporium bullía de gente. La mayoría de las miradas se dirigían con frecuencia al mostrador, donde despachaba la joven Mary Rogers. Edgar no fue la excepción, y dejó que sus ojos se posaran sobre el rostro de la dependienta. Su cabello negro y su sonrisa misteriosa tenían cautivados a los habitantes de la ciudad, incluidos varios poetas, quienes le habían dedicado poemas en las páginas de los diarios. Todos tan ridículos como cursis, según la opinión del escritor.

-El aire huele a genialidad -dijo, pensando en voz alta-. Ahora resulta que todos nuestros poetas son Miltons.

Consciente de que aún no atraía el interés de su interlocutor, Barnum fue al grano:

-Le quiero ofrecer trabajo. Bien remunerado.

Todo alrededor de Edgar se esfumó. La Bella Cigarrera, como le llamaban en los periódicos, se eclipsó junto con el resto de las personas. Ahora sólo estaban el empresario y él. Al fin tenía lo que había estado buscando desde que llegó a la ciudad.

-¿A quién tengo que matar? -dijo, mientras su mano se posaba delicadamente sobre el pequeño cuchillo para la mantequilla.

Barnum soltó una sonora carcajada. Los clientes dejaron de mirar a Mary y dirigieron sus rostros hacia la mesa en la que conversaban aquellos hombres tan peculiares.

-Me agrada, Edgar. Usted y yo haremos un buen negocio. Lo presiento.

-Aún no me ha dicho de qué se trata.

El empresario sacó dos puros del bolsillo interior de su levita. Los había comprado en el mostrador de la tienda, mientras esperaba la llegada del escritor. También lo cautivaron los delicados modales de la Cigarrera, pero su mente estaba en otra parte, imaginando la marquesina del museo que llevaría su nombre.

-Todo a su tiempo -respondió-. Primero le pondremos fuego a estos puros, y después encenderemos las noches de Broadway.

La calle era un hervidero. Diversos carruajes iban y venían, con los choferes destacándose en el pescante; sus largos látigos colgaban hacia el suelo, como si intentaran coger algo de las alcantarillas. En las aceras, cubiertas de escupitajos y excrementos de caballo, las farolas de gas -apagadas a esa hora- se elevaban por encima del paso nervioso de los transeúntes, buscando tal vez un aire más respirable.

Barnum llevó del brazo al escritor hasta la entrada de su museo y le mostró la fachada. Decenas de trabajadores subidos en andamios se encargaban de colocar, alrededor de las más de cien ventanas del edificio, unas enormes pinturas ovales que representaban animales. Osos polares, jirafas, elefantes, águilas, leones, canguros. Un colorido zoológico que prometía increíbles aventuras en el interior.

-¿Puede usted comprenderlo, mi estimado escritor?

Edgar estaba tan impresionado que se quedó sin palabras. No sólo eran las pinturas: también la hilera de banderas de distintos países que colgaba del techo, y la magnificencia del edificio. En verdad vaticinaba un imperio del entretenimiento.

-Toda la poesía que hay dentro -continuó el empresario- y que la gente desconoce. Usted tiene que vendérsela a los

visitantes potenciales con su prodigiosa imaginación.

-¡Pero si esto se vende solo! -exclamó el escritor, saliendo de su pasmo.

-Aún le falta ver lo que hay dentro. No todo puede ser comprendido de inmediato por la gente. Tengo maravillas que desafían a las mentes más abiertas. Más de alguno podría definir las como... *monstruos*.

El rostro de Edgar se iluminó. Sus ojos comenzaron a moverse, inquietos. Algo parecido al entusiasmo se insinuó en el brillo de sus pupilas.

-Monstruos -repitió-. Acudió usted al hombre indicado: nadie mejor que yo para comprenderlos.

# TOBACCO EMPORIUM



